

LUCAS MALLADA, 25 (2023)

ISSN 0214-8315, ISSN-e 2445-060X

<http://revistas.ica.es/index.php/LUMALL>

LA SOSTENIBILIDAD SOCIAL DE LA FRUTICULTURA EN EL BAJO CINCA

Carmen Capdevila¹

RESUMEN El sector frutícola constituye un eje central para el desarrollo de la comarca del Bajo Cinca, pero en la actualidad se enfrenta a una serie de retos económicos, sociales y ambientales para asegurar su sostenibilidad. Mientras los impactos ambientales y económicos han recibido una atención pormenorizada, los aspectos sociales han quedado reducidos a un segundo plano, con escaso interés en las estructuras y entre los actores que conforman la producción agrícola. Esta investigación tiene como objetivo abordar la sostenibilidad social desde la perspectiva de expertos, productores y trabajadores de la fruticultura en el Bajo Cinca, con el fin de analizar la organización social que hace posible su funcionamiento e identificar aquellos puntos determinantes para su continuidad. El estudio se lleva a cabo a través del análisis cualitativo de veinticinco entrevistas en profundidad y se identifican como ejes centrales la estructura productiva en red de las organizaciones frutícolas, los cambios en el tipo de trabajo y los nuevos procesos de relevo generacional.

PALABRAS CLAVE Fruticultores. Sistemas de fruticultura. Condiciones laborales. Sistema agroindustrial. Entrevistas en profundidad. Bajo Cinca (Huesca).

ABSTRACT The fruit sector is central to the economy of the Bajo Cinca region, but currently faces a series of economic, social and environmental

¹ Investigadora predoctoral FPU. Departament de Sociologia. Facultat d'Economia i Empresa. Universitat de Barcelona. Avinguda Diagonal, 690. E-08034 Barcelona. carmen.capdevila@ub.edu

challenges to its sustainability. While environmental and economic impacts have received detailed attention, social aspects have been relegated to the background, with little interest in the structures and actors that ensure agricultural production. This research examines social sustainability from the perspective of experts, producers, and workers in the Bajo Cinca fruit-growing sector, analysing the social organisation required for it to function and identifying those points that are decisive for its continuity. The study conducts a qualitative analysis of 25 in-depth interviews and identifies as central issues the networked productive structure of the fruit organisations, changes in the type of work, and the new processes of generational renewal.

KEYWORDS Fruit growers. Farming system. Working conditions. Agro-industrial system. Qualitative interviews. Bajo Cinca (Huesca, Spain).

INTRODUCCIÓN

La zona del valle del Ebro, donde la comarca del Bajo Cinca se ubica, representa una de las principales zonas agrícolas del cultivo frutícola de España. Su situación geográfica y un modelo modernizado basado en la producción en regadío han permitido una posición de competitividad que la ha situado durante muchos años como un referente en el cultivo del melocotón y sus variedades para el mercado de la exportación.

La fruticultura, como el sector agrícola en general, se encuentra en un profundo proceso de transformación en el que debe lidiar con una serie de retos económicos, sociales y ambientales (Davidova y Kenneth, 2014). Los primeros están relacionados con la bajada de los precios, el acceso a los recursos para mantener la competitividad y el aumento de los costes de producción, que ponen en peligro la rentabilidad y la viabilidad de las explotaciones. En segundo lugar se hallan los relativos a la reestructuración de los espacios rurales y las problemáticas que los asolan: despoblación, envejecimiento, masculinización, pérdida de servicios..., que se relacionan con la doble tendencia del sistema agrícola a la concentración productiva y al abandono de muchas zonas (González de Molina y cols., 2017). Por último, la agricultura es uno de los sectores que presenta mayor vulnerabilidad hacia los efectos del cambio climático y, a la vez, mayor capacidad para influir en su mitigación mediante la transición a prácticas más sostenibles (IPCC, 2022).

Son numerosos los debates abiertos enfocados a la transformación de la agricultura a través del análisis de los sistemas de producción y la propuesta de modelos sostenibles alternativos. Los sistemas agroalimentarios son complejos y están conformados por una red de interacciones entre actores diversos, por lo que para abordar la sostenibilidad no se debe caer en su simplificación, sino tratar de entender cómo se conforman socialmente los procesos agrícolas (Lamine, 2015). En esta línea, los análisis sobre el impacto ambiental de los sistemas agrícolas están siendo ampliamente estudiados, mientras que su dimensión social suele quedar relegada a las variables económicas dominadas por la narrativa de la productividad, sin incluir los impactos culturales y sociales que la agricultura también tiene para las personas y las comunidades (Dornelles y cols., 2022). Analizar la sostenibilidad debe hacerse desde una perspectiva holística y sistémica, que integre las diferentes evaluaciones: ecológica, social y económica, a la vez que tenga en cuenta las valoraciones de las personas que forman parte de ellas (Jancker y Mann, 2018; Kronenberg y Andersson, 2019).

La idea de sostenibilidad social como un proceso multidimensional se relaciona con la perspectiva del sistema agrario desde un enfoque sistémico que entiende las acciones de los agricultores no como actos puramente deliberados, sino que la acción se ve constreñida por la tecnología, el contexto, la regulación y las normas sociales (Darnhofer, 2020). Los elementos del sistema agrario articulan organizaciones en red por las que circulan flujos comerciales, de información, de conocimiento y de tecnología, entre otros (Cattaneo y Bocchicchio, 2019).

Los sistemas agrícolas son una parte fundamental del sistema alimentario que consiste en instituciones, tecnologías y prácticas para producir, procesar, distribuir, vender y consumir alimentos. Los primeros cuatro procesos formarían la cadena de valor agroalimentaria (Therond y cols., 2017). En la actualidad el sistema agroalimentario dominante es complejo, industrial y globalizado, lo que significa que alguna de las partes de la cadena opera a escala global (Therond y cols., 2017). Se trata de un modelo de organización de la producción que funciona gracias a la industrialización de la agricultura, que tiene sus raíces en la Revolución Verde de los años cincuenta y sesenta en EE. UU. y se enfoca en el cultivo de monocultivos de forma intensiva, el predominio de la mecanización de las tareas agrícolas y un uso

intensivo de energías fósiles y fertilizantes químicos (Horrigan y cols., 2002). En España fue a partir de los años setenta cuando se consolidó el modelo económico *desarrollista*, que impulsaba los sectores del turismo y de la construcción como pilares de la economía nacional. Este proceso fue acompañado de la disminución del peso del sector agrícola y del fenómeno del éxodo rural (Mata, 2018), tendencia que se consolidó con la incorporación de España a la Unión Europea en los años ochenta, lo que facilitó a la agricultura española acceder a nuevos consumidores (Mata, 2018).

Asimismo, las cadenas de supermercados o gran distribución emergen como actores de gran importancia en la configuración y la gobernanza de las cadenas agroalimentarias globales (Konefal y cols., 2005). La gran distribución necesita de enormes volúmenes constantes de un producto estandarizado que les permita mantenerse competitivos, lo que presiona la parte productiva y motiva las estrategias de desarrollo vertical a través de acuerdos comerciales, mecanismos contractuales u otras formas de integración vertical como sería la creación de cooperativas de segundo grado (Langreo, 2012). En este contexto, las explotaciones agrícolas familiares se han tenido que adaptar para poder mantenerse y responder a los requisitos exigidos por el sistema agroalimentario actual, lo que no ha supuesto su fin, sino su integración en los mercados globales y una modificación de sus estructuras (Woods, 2014).

En el caso de la producción frutícola, para hacer frente a la inestabilidad derivada de los flujos financieros se busca ganar competitividad en el mercado internacional a través de una estrategia de economía de escala. Esta estrategia consiste en una gran especialización y una intensificación de la producción para reducir los costes de producción, una estructura eficiente y centralizada de ventas y una optimización de la logística para reducir las pérdidas en el transporte. Sin embargo, la extrema especialización puede generar ventajas en costes para esas regiones productivas, pero también aumenta la vulnerabilidad y la dependencia respecto a los grandes intermediarios (De Roest y cols., 2018).

El trabajo en la explotación agrícola tradicional

Las transformaciones acontecidas en el sistema agroalimentario a nivel macro se materializan de manera específica en profundos cambios en la

organización social de las explotaciones agrícolas y sus consecuencias para el territorio rural (Alonso y cols., 1991; Camarero y cols., 2002; Collantes, 2007; Requena i Mora y cols., 2018).

La explotación agrícola familiar tradicional también se transforma para mantenerse en el sector. La inserción de la agricultura en las cadenas agroalimentarias globales y la consolidación del modelo agroindustrial incitan a la profesionalización de la figura del agricultor tradicional, que adopta una visión empresarial sobre su actividad y los objetivos de la explotación (Camarero y cols., 2002; Requena i Mora y cols., 2018). Además, se incrementan otras prácticas como la agricultura a tiempo parcial, que permite mantener la actividad y mejorar la viabilidad (Moragues-Faus, 2014). Con la profesionalización de la agricultura se produce también su progresiva desfamiliarización (Camarero, 2017), es decir, una paulatina separación entre la esfera familiar y la esfera productiva de la explotación, aunque se mantienen interrelacionadas y dependientes una de la otra (Reigada y cols., 2017). Se consolida la pluriactividad dentro de la unidad familiar, donde solo uno de los miembros se dedica a la actividad agraria, mientras los demás buscan un empleo en otros sectores productivos (Camarero, 2017).

La reducción en el uso de la mano de obra familiar para las tareas agrícolas, junto con la intensificación de la producción, incrementó el uso de trabajadores asalariados, tanto fijos como eventuales (Etxezarreta, 1994). Como explica Mata (2018), fue en la década de los 2000 cuando llegaron los primeros trabajadores inmigrantes a las zonas frutícolas del sur de la provincia de Lérida y, consecuentemente, a la comarca del Bajo Cinca, al ser territorios que comparten modelo productivo. Desde ese momento, el trabajo en la recogida de fruta durante la época estival se cubre mayoritariamente por personas migrantes que responden a un perfil de trabajo bajo demanda, flexible y barato, con escasa capacidad de reivindicación (Torres y cols., 2014), lo que puede incrementar la insostenibilidad del sistema agrícola al ser fuente de pobreza y desigualdad (Molinero-Gerbeau y cols., 2021). A la vez constituyen nichos de trabajo que son aprovechados como oportunidad para el inicio de la migración hacia Europa. La llegada de población inmigrante favorece la creación de espacios rurales transnacionales y globales, a la vez que se crean puentes entre las comunidades de origen y las de destino, lo que favorece el desarrollo de vínculos que facilitan el proceso migratorio (Ródenas Cerezo, 2019).

Actualmente el relevo generacional constituye uno de los principales desafíos para los sistemas agroalimentarios, vinculado con la transformación cultural, social y económica de las estructuras rurales (Camarero y cols., 2009). Los bajos precios de mercado de los productos agrarios y alimentarios reducen los beneficios de la agricultura y, por lo tanto, no aseguran unas adecuadas condiciones materiales de vida. Esto, combinado con las nuevas expectativas entre los jóvenes, amenaza la continuidad de las explotaciones familiares y las comunidades rurales (Fischer y Burton, 2014). Decidir ser agricultor es el resultado de un proceso de autorreflexión propio de las tendencias individualizadoras de la sociedad moderna actual (Beck y cols., 1997) y que está presente a lo largo de toda la adolescencia de la mayoría de los jóvenes rurales (Capdevila, 2020).

El sector agrícola en la comarca del Bajo Cinca

La comarca altoaragonesa del Bajo Cinca se sitúa en el este de Aragón, en el noreste de España. El 64 % de la comarca es zona agrícola, y un 33 %, zona forestal. Su climatología y su situación geográfica la hacen propicia para el cultivo de fruta de hueso, entre la que son predominantes los cultivos de melocotón y sus variedades. Según el último censo agrario, en 2020 había 2031 explotaciones, que ocupan 92 865 hectáreas y tienen una producción estándar total de 332 056 000 €. Esto corresponde a una disminución del 17 % en el número de explotaciones y un aumento de la superficie del 24 % en comparación con el censo anterior, del año 2009 (INE, 2022).

El 31 % tenían una orientación técnico-económica de frutas y bayas, seguida de cereales (24 %). El tamaño medio de las explotaciones frutícolas es de 58 hectáreas, frente a las 23 hectáreas de la mediana, lo que evidencia una distribución muy heterogénea del tipo de explotación: el 24 % tiene menos de 5 hectáreas, el 34 % más de 20 hectáreas y hay un 11 % con más de 100 hectáreas (INE, 2022).

Las explotaciones frutícolas son gestionadas de forma mayoritaria por una sola persona, principalmente el agricultor o un familiar. El 17 % de ellas están constituidas como empresa y el 2 % del total forman parte de un mayor grupo empresarial. Las mujeres constituyen el 26 % de los jefes de explotación, lo que muestra un incremento significativo en comparación

con el 18 % del 2009 (INE, 2022). Se trata de un agricultor envejecido, con una edad media de cincuenta y seis años, pero ligeramente más joven que la media nacional, situada en sesenta y un años (INE, 2022).

En lo referente al trabajo dentro de la explotación, los últimos datos específicos para la comarca, del año 2009, hablan de 37 771 personas que trabajan de manera regular en las explotaciones agrícolas, de las cuales el 70 % provenía de mano de obra familiar y el 30 % correspondería a externos. También señalan que se necesitarían más de 200 000 jornadas trabajadas de mano de obra eventual (INE, 2012).

En este contexto, el presente artículo tiene como objetivo explorar la sostenibilidad social de las explotaciones agrícolas entendiendo las vivencias y representaciones de las personas que integran el sistema agrícola. De manera concreta, se analiza cómo se organiza la producción agrícola en el Bajo Cinca y cuáles son los elementos sociales que la hacen posible para identificar las fragilidades y las fortalezas para su sostenibilidad social.

MATERIAL Y MÉTODOS

Para el estudio de la sostenibilidad social de la comarca del Bajo Cinca se adoptó una metodología cualitativa, basada en el análisis de las entrevistas en profundidad a veinticinco informantes claves para el territorio (tabla 1). La técnica de la entrevista en profundidad permite recoger las narrativas y las experiencias personales de los informantes para entender los significados y las valoraciones que hacen sobre sus vivencias y cómo interpretan la situación del sector.

El trabajo de campo se realizó en dos fases: por un lado, la entrevista en profundidad a los expertos del sistema agrícola, entre marzo y junio de 2021. Se partió de una definición de experto como aquel agente que, conocedor del sistema agrícola y sus dinámicas, bien porque es representante de alguna organización, o porque trabaja para o con el sector, bien porque pertenece a una Administración pública competente en este ámbito. Las personas entrevistadas fueron seleccionadas a través de la técnica de muestreo de bola de nieve, buscando tener una representación heterogénea de actores sociales con diferentes características y posiciones en el sistema. Esta primera ronda de entrevistas tenía como finalidad identificar las dinámicas

Tabla 1. Muestra de informantes según tipo, localidad de la explotación, características y hectáreas productivas (porcentaje de fruta de hueso).

<i>ID</i>	<i>Tipo</i>	<i>Localidad</i>	<i>Especificaciones</i>	<i>Hectáreas (% de fruta)</i>
<i>EE1</i>	Experto		Asociación agraria	
<i>EE2</i>	Experto		Administración pública	
<i>EE3</i>	Experto		Asociación agraria	
<i>EE4</i>	Experto		Asociación comercial	
<i>EE5</i>	Experto		Administración pública	
<i>EE6</i>	Experto		Administración pública	
<i>P1</i>	Productor	Miralsolt (Fraga)	Central frutícola	340 (88 %)
<i>P2</i>	Productor	Zaidín	Central frutícola	250 (100 %)
<i>P3</i>	Productor	Zaidín	Explotación agrícola	76 (66 %)
<i>P4</i>	Productor	Zaidín	Explotación agrícola	40 (70 %)
<i>P5</i>	Productor	Velilla de Cinca	Central frutícola	250 (69 %)
<i>P6</i>	Productor	Zaidín	Explotación agrícola	25 (100 %)
<i>P7</i>	Productor	Zaidín	Central frutícola	100 (100 %)
<i>P8</i>	Productor	Osso de Cinca	Explotación agrícola	44 (91 %)
<i>P9</i>	Productor	Almudáfar	Central frutícola	68 (100 %)
<i>P10</i>	Productor	Fraga	Explotación agrícola	65 (100 %)
<i>P11</i>	Productor	Osso de Cinca	Explotación agrícola	20 (100 %)
<i>P12</i>	Productor	Fraga	Explotación agrícola	40 (100 %)
<i>P13</i>	Productor	Zaidín	Explotación agrícola	14 (100 %)
<i>P14</i>	Productor	Osso de Cinca	Explotación agrícola	7 (100 %)
<i>P15</i>	Productor	Fraga	Explotación agrícola	25 (100 %)
<i>P16</i>	Productor	Fraga	Explotación agrícola	16 (88 %)
<i>T1</i>	Trabajador		Fijo indefinido	
<i>T2</i>	Trabajador		Fijo discontinuo	
<i>T3</i>	Trabajador		Temporal	

principales del sector en el Bajo Cinca y tener una primera imagen de la composición social y su funcionamiento. Las entrevistas se estructuraban en i) contexto del Bajo Cinca, ii) tipos de cultivos predominantes y distribución, iii) estructura social de las explotaciones y iv) estructura económica y proceso de comercialización. Después se les presentó una serie de indicadores sobre temas específicos para conocer de manera concreta sus opiniones sobre ellos: demografía, empleo local, población extranjera, relación

con la comunidad, patrimonio agrario, soberanía alimentaria, acceso a recursos y servicios, asociación y participación de los agricultores, ingresos, jornada laboral, condiciones de trabajo, situación de la mujer y relevo generacional. Estos indicadores se obtuvieron de la revisión pormenorizada de trabajos científicos sobre sostenibilidad de sistemas agrícolas y evaluación del impacto social de la agricultura.

Con la información obtenida de las entrevistas a expertos se realizó el guion de entrevistas a productores durante los meses de julio y agosto de 2021, de manera presencial en las explotaciones agrícolas, distribuidas en diferentes municipios del Bajo Cinca. Se partió de una tipología de productores en explotaciones solamente agrícolas y empresas comercializadoras que también tuvieran parte productiva. El guion de la entrevista se articulaba en torno a la historia familiar de la explotación y el perfil del productor; la estructura productiva (tamaño, tareas principales, objetivos productivos...); la organización de la mano de obra; las estrategias comerciales y la relación con compradores y proveedores; las condiciones de trabajo y la organización del tiempo dentro de la explotación, y, por último, las percepciones sobre el futuro de la explotación y del sistema agrícola. Se utilizó un muestreo teórico por saturación de las categorías de la tipología establecida.

Durante la realización del trabajo de campo surgió la oportunidad de entrevistar a tres trabajadores (una trabajadora fija de una empresa comercializadora, un trabajador que ha repetido y otro trabajador para el que era su primer año en el Bajo Cinca). Las entrevistas se llevaron a cabo con la finalidad de entender el proceso que los había llevado hasta la comarca del Bajo Cinca, su valoración del trabajo y sus expectativas.

Todas las entrevistas fueron grabadas, previo consentimiento informado, y transcritas completamente. Después se analizaron según el método de comparación constante para identificar patrones similares y diferencias en las narrativas (Greckhamer y cols., 2018).

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

La organización comercial del sector frutícola en el Bajo Cinca

El sector frutícola en el Bajo Cinca funciona como un modelo agroindustrial o convencional. Es un sistema productivo altamente demandante en

insumos, como fertilizantes, abonos, semillas y agua. Para la creación de economías de escala se tiende a la concentración de la producción y a la generación de estructuras mayores, bien mediante la redimensión de las explotaciones hacia un tamaño mayor o a través de acuerdos comerciales entre agentes de la cadena.

Según las entrevistas con expertos, el modelo mayoritario identificado es la organización de agricultores y comercializadoras en Organizaciones de Productores de Frutas y Hortalizas (OPFH). Estas son asociaciones reguladas por la Unión Europea que permiten a los miembros acceder a programas operativos que constan de subvenciones y demás ayudas para la realización de la actividad. Según Colom Gorgues y cols. (2017), en España hay unas 600 OPFH, que cuentan con 155 000 afiliados y representan más de 830 000 hectáreas de cultivo, lo que supone el 55 % de la superficie total y el 50 % de la producción. Los agricultores entrevistados que pertenecen a esta modalidad trabajan habitualmente con la misma comercializadora (a la que se refieren como el almacén), con la que mantienen una relación de confianza año tras año y que puede tener su inicio en generaciones anteriores. El cambio de comercializadora no es habitual, a no ser que algún acontecimiento quiebre la confianza del trato: unas facturas no pagadas, la percepción de que existe estafa o una mala gestión del producto. La relación entre explotaciones y comercializadora se basa en la confianza y el compromiso mutuo, y es la base del funcionamiento del sistema en el Bajo Cinca:

No lo hay [contrato] pero verbalmente ya se sobrentiende. Ellos se comprometen a comprarte lo que tú tienes y tú, por otro lado, te comprometes a suministrarlo. Es un poco la relación esta que existe de compromiso. Un poco moral o no sé cómo decirte. (P5, central frutícola)

Según las entrevistas con informantes, una empresa comercializadora trabajaría con entre tres y siete agricultores, con los que establece una relación de confianza. Esta cifra se ha ido reduciendo en los últimos años debido al fin de muchas explotaciones por jubilación o venta. Sin embargo, el número de hectáreas trabajadas se mantiene constante, es decir, no se observa un proceso de abandono.

Pese a que puede parecer que la producción es homogénea, lo cierto es que, para los agricultores, la diferenciación y la valoración de su producto



Fig. 1. Palés en el exterior de una empresa comercializadora en el verano de 2021.

de manera individual es un aspecto valorado y crucial para elegir comercializadora:

En [nombre empresa comercializadora] valoran tu producto. Si tú lo haces bueno, cobrarás más que el otro y punto. Y yo lo quiero así. Si tú te lo trabajas más, que te paguen más. Si haces fruta más buena, más limpia, más gorda... Y el otro que lo hace más pequeño, que son todas buenas, igual, pero si uno se lo trabaja más, que cobre más. Porque si no todos haríamos lo otro, hacer kilos y ya. (P3, agricultor)

Las empresas comercializadoras se estructuran en función de sus objetivos de mercado, lo que determina la organización productiva. Desde una perspectiva productiva, el modelo es similar: la producción convencional,

altamente intensiva en suministros externos. Sin embargo, desde la vertiente comercial, las estrategias son diferentes entre explotaciones.

En primer lugar, estarían las empresas comercializadoras que venden a la gran distribución europea o a mercados centrales situados en ciudades europeas. Este tipo de canal necesita de una producción homogénea y constante basada en unos criterios de calidad y de comercialización impuestos por la normativa europea y por las empresas de distribución. El elevado volumen de producción requerido para suplir las necesidades demandadas empuja a la creación de grandes infraestructuras y la redimensión de las explotaciones. Las OPFH deben agruparse en organizaciones mayores que sirven de intermediarias con la gran distribución, por lo que es un modelo que tiende a potenciar la concentración de poder y producción para un control más eficiente, disminuyendo la autonomía y la capacidad de decisión del agricultor sobre su propia producción:

Si me pongo en una OPFH, tengo la obligación de llevar la fruta ahí. Ellos la envasan y la distribuyen. Eso ya no me interesa, porque entonces ya pierdo el poder de decidir sobre a cómo vendo la fruta y a quién la vendo. (P14, agricultor)

Los acuerdos con este tipo de clientes son valorados como altamente exigentes, pero el mercado europeo, normalmente Alemania, Francia y Reino Unido, suele estar acompañado de mejor precio y es de mayor acceso que la venta a terceros países como Emiratos Árabes Unidos o Brasil. Esos destinos son minoritarios entre los entrevistados, que prefieren la seguridad del mercado europeo. Esta estrategia de comercialización suele combinarse con la venta a mercados mayoristas en las principales ciudades españolas (por ejemplo, Mercabarna). Primero se prioriza la exportación a Europa, a donde se destina el producto de mayor calidad en términos de calibre, color y sabor, y, como apoyo, estarían los mercados centrales, que funcionan como una vía de escape para la producción excedente o aquella que no cumple con los requisitos exigidos:

Vamos a separar. Lo que sería un Mercabarna, que lo empleamos como una vía de escape [...]. Tenemos una línea de trabajo y podemos estar poniendo 30 palés o 33. Si la comercialización de aquí la llevamos bien, a Barcelona le vamos a dar 3 palés para mantener una línea de visualización. Que nos vean. Si tenemos un problema en algún momento dado, tipo tenemos muchos palés de este calibre que no se están vendiendo, pues, Barcelona, échame una mano que tengo que dar salida a eso. (P2, central frutícola)



Fig. 2. Zona de empaquetado en el interior de una empresa comercializadora frutícola en el verano de 2021.

En segundo lugar, estaría la orientación hacia el mercado nacional, haciendo una segmentación de su producción según sus características. Se trata de comercializadoras que también tienen su parte productiva y su red de agricultores, con los que trabajan de manera habitual y bajo las mismas condiciones. Algunos se han especializado en cadenas minoristas del mercado nacional. Este perfil responde a un cliente de mayor poder adquisitivo, situado en distintas zonas de la geografía española. La fruta es clasificada según sus características y destinada a los distintos mercados, donde se vende bajo la marca propia de la comercializadora. Uno de los cambios principales derivados de este tipo de comercialización es la localización del trabajo, que se incrementa en el campo, porque la fruta es directamente encajada o seleccionada allí, y disminuye en el almacén, donde apenas hay tratamiento del producto:

Son clientes que pagan dinero por la fruta, pero quieren fruta buena. Porque van a sitios turísticos... Son zonas que se gastan dinero en fruta.

Sin embargo, hay otras zonas, por ejemplo, Valladolid ciudad o barrios más obreros, que ahí tienes que enviar fruta de calibre menor porque nunca van a poder pagarte el precio que te van a pagar los otros. (P5, central frutícola)

En tercer lugar, nos encontraríamos un tipo de explotaciones agrícolas de tamaño mediano que no forman parte de una OPFH y no venden a empresas comercializadoras. Su estrategia productiva consiste en vender directamente a asentadores de mercados centrales: Mercolleida, Mercabar-na, Mercabilbao... Este canal de comercialización reporta mayores precios por kilogramo de fruta y menos requisitos burocráticos para su comercialización, sin embargo, la capacidad en volumen de venta es mucho menor que otros canales, por lo que no es una opción contemplada por las explotaciones de mayor dimensión.

En último lugar, de manera minoritaria, nos encontramos con algún intento de producción ecológica de fruta y creación de canales de venta directa. Se trata de una explotación de mediano tamaño, reconvertida en los últimos años a agricultura ecológica. Actualmente combina la venta a la gran distribución en el mercado europeo, lo que se asimilaría con la estrategia de venta del grupo primero antes mencionado, con la venta directa al consumidor a través de iniciativas de economía social. Este segundo canal tiene una capacidad de venta limitada, pero asegura unas condiciones mejores en términos de precio, plazo de pago y requisitos formales frente a la venta a grandes distribuidoras. Esta opción, aunque minoritaria en la zona del Bajo Cinca, representa una fórmula rupturista con el resto de canales mencionados, además de que busca una reconfiguración de las relaciones interpersonales en la cadena agroalimentaria.

Cabe destacar que los momentos disruptivos que representan una crisis en el sector lo son también de reajuste de las estrategias comerciales. En la trayectoria de los informantes se observa cómo situaciones como la derivada del veto ruso en 2014 significan un cambio en la estrategia productiva y organizacional, donde muchos de ellos decidieron modificar su estrategia y redirigirse hacia otros mercados para poder mantenerse.

También es común que haya una compraventa entre comercializadoras para suplir parte de los pedidos en momentos puntuales, cuando con la producción propia no es suficiente.

El trabajo en la fruticultura

La profesionalización de la agricultura en el Bajo Cinca ha transformado la estructura social de las explotaciones, frente a la agricultura que podíamos encontrar hace unas décadas, regida por la unidad familiar, donde el límite entre la esfera privada de la familia y la esfera productiva de la explotación estaba desdibujado, a la vez que predominaban los trabajadores asalariados como mano de obra.

Sin embargo, se mantiene el carácter familiar de la explotación, sobre todo como una reivindicación legitimadora de su posición en la sociedad, su actividad y su proyecto. Los agricultores actuales son herederos de antiguos agricultores del Bajo Cinca; no hay una incorporación externa, por lo que, como se ve en sus discursos, la trayectoria familiar y por qué se ha llegado hasta ahí es algo fundamental para esas personas. En los casos de los informantes, hablan de un diálogo y un acuerdo entre los hermanos y las hermanas, para ver quién quiere continuar con la explotación y en qué condiciones. No parece que en los discursos existiese en esas familias agrícolas una visión determinista de continuidad de la explotación en un heredero, sino que es un proceso de diálogo y elección individual del hijo o de la hija que quiere dedicarse a ello, un proceso de traspaso de explotación que no está exento de conflicto sobre las preferencias de ambas generaciones y la convivencia en el trabajo.

Destacan dos trayectorias de incorporación al sector de los informantes. Por un lado, aquellos que ya desde la adolescencia expresaron que querían dedicarse al campo, por lo que el padre agricultor ya se preparó para ello: cogiendo nuevas tierras, construyendo una granja..., y se incorporaron muy jóvenes al sector. Por otro lado, aquellos que, tras estudiar en la ciudad y trabajar en otro sector, decidieron volver e incorporarse a la empresa familiar. En muchos casos, se trata de un perfil más profesional, ligado a explotaciones agrícolas de mayor tamaño. Muchas veces son explotaciones más pequeñas en tamaño que crecieron gracias a su incorporación. Por ello, son variadas las formas familiares que encontramos en las empresas y en las explotaciones agrícolas del Bajo Cinca. Muchas empresas agrícolas, mayoritariamente las comercializadoras, están regidas por varios hermanos. En las explotaciones más pequeñas, que lleva un agricultor individual, encontramos la figura de la madre o el padre jubilado o la mujer que dan apoyo a

las tareas agrícolas o burocráticas. Por último, están las explotaciones gestionadas por el marido y la mujer de manera conjunta.

Las explotaciones actuales se caracterizan por una producción orientada al mercado y una tendencia hacia un trabajo agrícola que aspira a tener las mismas condiciones, en la medida de lo posible, que el trabajo en otros sectores. Existe una diferencia entre pequeñas y medianas explotaciones y las empresas agrícolas en lo referente a la organización de la mano de obra y el grado de racionalización de los procesos productivos. En las organizaciones de menor tamaño existe un mayor grado de informalidad, a través del cual se gana flexibilidad: es lo que permite la agilidad en la toma de decisiones. Esto se ve, por ejemplo, en el uso de mano de obra familiar para reducir la carga de trabajo de ciertas tareas. Por el contrario, las empresas de mayor tamaño presentan en el discurso una voluntad mayor de control y monitoreo de los procesos productivos, además de que cuentan con un organigrama definido según las tareas, lo que facilita una gestión más eficiente y racional. Tienen una estructura de trabajo jerarquizada, con perfiles de trabajo intermedios en áreas como la contabilidad, el *marketing* o el control alimentario, con una mayor separación entre el agricultor o el empresario y los trabajadores en la base. Según las entrevistas, de manera orientativa, las explotaciones que llamaríamos medianas, entre 20 y 40 hectáreas de producción frutícola, suelen componerse por el agricultor y un trabajador durante el invierno y se contratan de 10 a 20 personas para la campaña de recogida en verano. Para las comercializadoras, en la parte del campo, con superficies por encima de las 100 hectáreas, durante el año el número de trabajadores fijos está entre los 20 y los 50, llegando a más de 100 en verano. Esto evidencia la gran diferencia en la composición de la agricultura en la zona y el gran impacto social que tiene la fruticultura en cuanto a puestos de trabajo, por ser uno de los cultivos que más mano de obra demanda.

Al tratarse de explotaciones especializadas en el cultivo de melocotón, con poca diversificación de cultivos, el trabajo en la explotación depende del ciclo productivo. Al finalizar una campaña, en octubre, es el tiempo de descanso. En noviembre empieza la puesta a punto de la siguiente campaña, con la poda, tratamientos y demás trabajos derivados del mantenimiento de los árboles y la tierra. A finales de febrero empieza el aclareo en flor, lo que dura hasta abril, y en ese mes se pasa al aclareo en fruto, hasta junio, en

que se empieza con la recolección. La temporada de máximo trabajo son los meses de verano, de julio a septiembre. Dependiendo de cómo vaya la producción, si ha habido heladas o no, la producción será mayor o menor, lo que se traducirá en mayor o menor trabajo.

Una de las características marcadas en las entrevistas es la división entre el trabajo de campo y el trabajo de oficina, derivado del incremento de la normativa exigida para la comercialización y la producción. Esto es destacado como un aspecto negativo, ya que notan que cada vez destinan menos tiempo al campo y más a la oficina, lo que no es su preferencia y coarta su libertad. Precisamente es la sensación de libertad lo que más valoran los agricultores y lo que da sentido a mantener su actividad agrícola. Mientras el trabajo puramente agrícola ha disminuido debido a las facilidades dadas por los avances tecnológicos y la mecanización de muchas tareas, el tiempo destinado a la burocracia se ha incrementado. Aparecen también nuevos valores para las organizaciones agrícolas: la búsqueda de la conciliación familiar y la valorización del tiempo de ocio. Por ello, buscan la flexibilidad en sus tareas, horarios adecuados, como la implantación de la jornada continua también durante la campaña o la apuesta por cultivos que demanden menos mano de obra contratada.

Además, el trabajo agrícola está cada vez más destinado a los trabajadores, mientras que la supervisión y las tareas administrativas quedan para el agricultor. Esto no supone una desvinculación del agricultor de su explotación, pues sigue manteniendo el contacto diario, la preocupación y el control sobre la agricultura. La delicadeza del cultivo de la fruta, derivada de unas fuertes presiones para cumplir, hace que el agricultor deba estar siempre alerta y mantener la supervisión de la producción de manera cercana, porque el riesgo depositado en los tres meses de recolección es alto.

Los trabajadores en las explotaciones son principalmente de origen migrante. Así lo observamos en la totalidad de las explotaciones entrevistadas, que presentan diferencias en las condiciones de trabajo y de asentamiento, situación legal y procedencia. La llegada suele producirse a través del boca a boca y las redes sociales existentes entre los miembros de una comunidad. Algunos de ellos vienen del este de Europa: Rumanía y Bulgaria. Un segundo perfil son los africanos de países subsaharianos, principalmente Mali, Gambia, Ghana y Senegal. Un perfil trabaja durante el verano y en

invierno vuelven a su lugar de origen, donde, en muchos casos, también se dedican a la agricultura. Otros permanecen en el Bajo Cinca y se asientan allí con las familias, algunos con contratos indefinidos durante todo el año en las fincas, otros rotando a otras actividades. Muchos de ellos forman parte de las rutas de migraciones circulares por distintos enclaves industriales nacionales y llegan al Bajo Cinca como parte de ello o compaginan el trabajo agrícola con otros trabajos temporales. No existe una regla general sobre si los trabajadores repiten año tras año o no: algunos de ellos sí lo hacen, con contratos como fijos discontinuos; otros no, pues tienen contratos temporales por días, semanas o meses. En general, impera una lógica de trabajo bajo demanda y flexible, subordinado a las necesidades productivas de cada campaña, por lo que necesita que el proceso de contratación sea rápido y se adapte a los requerimientos del momento. Asimismo, el trabajo en el sector agrícola constituye una oportunidad migratoria para muchas personas y de esa necesidad se aprovecha el modelo de producción agroindustrial.

La presión por ajustar los márgenes en el precio a la que se ve sujeto el agricultor debido a su escaso poder en la cadena de valor agrícola se traslada a las condiciones de trabajo de la mano de obra. Uno de los asuntos más problemáticos es el acceso a la vivienda, cuya provisión recae en la parte del agricultor, que debe dotar a sus trabajadores temporeros con unas instalaciones donde alojarse durante la campaña. Según se observa en las entrevistas, se trata normalmente de casas alquiladas o en propiedad que destinan para varios trabajadores y que suelen situarse en las propias fincas, lo que hace que los trabajadores se encuentren distanciados del centro urbano y dependan en muchos casos del vehículo del agricultor.

El proceso de llegada a la comarca no es algo ordenado y pactado previamente, sino que durante la campaña acuden muchas personas esperando poder ser contratadas. Llegan, por tanto, más personas que trabajadores contratados, especialmente en las campañas más productivas, lo que genera que exista un grupo de personas que, al no quedar a cargo de ningún agricultor (al no estar contratadas) y ante la acción política, no tengan acceso a vivienda o a las ventajas derivadas de un contrato de trabajo. Emerge en estas situaciones el riego de infravivienda, un asunto minoritario que fluctúa y que está actualmente gestionado por Cáritas.

Este modelo productivo especializado genera puestos de trabajo poco estables, que se acumulan durante la temporada de verano y tienen un gran impacto en el territorio. Según los informantes (EE2), unas 8000 personas se desplazarían hasta el Bajo Cinca en una temporada de producción alta y no todas encontrarían trabajo o lo harían de manera regular durante toda la campaña. No existe un control del número de personas que llega a la comarca cada año ni un registro de trabajadores temporales; sin embargo, ha habido algunas iniciativas para mejorar su situación. Es el caso de la creación de la mesa de temporeros, donde diferentes organismos (sindicatos agrícolas, Gobierno municipal, alcaldes y fuerzas de seguridad y sanitarias) se reunían para abordar esta problemática. También la pandemia derivada de la COVID-19 puso sobre la mesa la vulnerabilidad de estos colectivos y su importancia para la comarca y el sector. La segunda ola se originó justamente en la comarca del Bajo Cinca, en junio del 2020, y tuvo gran impacto mediático y social, sobre todo en lo referido a las condiciones de habitabilidad de los temporeros.² En este sentido, se están experimentando cambios para un mejor proceso de llegada y asentamiento, sobre todo en lo relativo a las condiciones de habitabilidad, que nacen desde la voluntad política de algún alcalde o concejal pero no como una política social consolidada.

En general, los trabajadores son el eslabón más desprotegido del sistema agrícola. Se percibe la pervivencia de la dureza del trabajo agrícola y la precariedad de las condiciones en las que se trabaja, resultado de una situación donde se entrelazan la crisis del sector, las fragilidades derivadas del proceso migratorio y las peculiaridades del trabajo agrícola. La especialización de las explotaciones no solo genera dependencias con los compradores finales, sino un modelo de trabajo poco estable, con duras condiciones de trabajo y poco reconocido social y económicamente. Su carácter migrante es una dificultad para la sostenibilidad del sistema agrícola, ya que su disponibilidad depende de factores externos al sector. Por ejemplo, el cierre de fronteras durante la pandemia de la COVID-19 puso en peligro

² Véase “Un brote de Coronavirus cierra una empresa frutícola en Zaidín” (*Heraldo de Aragón*, 21/06/2020). Disponible en <<https://n9.cl/2x3nv>>.

la temporada de fruta de ese año y evidenció el carácter esencial que tienen estos trabajos para el correcto funcionamiento del sistema agroalimentario.

El relevo generacional y las visiones de futuro

El relevo generacional es una de las principales preocupaciones del sector agroalimentario actual, entendido como la continuidad de las explotaciones agrícolas y que se entronca con el concepto de *sostenibilidad social*. La tendencia predominante en la agricultura a nivel global y que se observa de forma clara en el Bajo Cinca es hacia la disminución de las explotaciones y las personas que se dedican a la agricultura, al mismo tiempo que aumenta el tamaño de estas. Como explican los informantes, cuando un agricultor del Bajo Cinca se jubila normalmente suele arrendar o vender las tierras a una explotación más grande que la integra en su gestión. La baja rentabilidad de las explotaciones pequeñas y la necesidad de crecimiento e inversión disuaden a los jóvenes de incorporarse al sector. Hay poco traspaso de explotaciones a nuevas generaciones y menos a personas que no provengan de familias agrícolas. Sin embargo, en las entrevistas también se observan varios aspectos interrelacionados pero independientes que son clave para estudiar la falta de relevo generacional.

En primer lugar, la disociación entre la sostenibilidad social en el sistema productivo (mantenimiento de la producción y de la superficie agrícola) y en la explotación. Al explorar ambos procesos vemos que no siempre evolucionan de la misma manera. No debe interpretarse el crecimiento del sector como la suma del crecimiento de las explotaciones que lo conforman, pues las dinámicas internas de competición por la concentración de capital y de recursos generan el desplazamiento de aquellas explotaciones más pequeñas que no pueden continuar. La falta de relevo generacional para las explotaciones en el Bajo Cinca es vista más desde una pérdida simbólica que como una amenaza al sector. En el caso de la agricultura en la comarca, el problema se refiere a la continuidad de la explotación, no a la continuidad del sector, que reporta buenos datos de dinamismo económico. No se observa una tendencia hacia el abandono de superficie agrícola, aunque sí una disminución del cultivo frutícola, lo que nos indicaría que existe una problemática específica relacionada con ese sector en concreto,

como la bajada de rentabilidad de las explotaciones, los requerimientos de trabajo o la incertidumbre en el mercado.

En segundo lugar, la aparición de nuevos valores y expectativas para los jóvenes rurales patente en los discursos de los agricultores que son padres y madres. Al preguntarles sobre si les gustaría que sus hijos e hijas continuaran con la explotación, no se obtiene una negativa en el sentido de desprecio hacia la profesión agrícola o su minusvaloración, sino que los agricultores que son progenitores comparten una actitud abierta a la aceptación de la voluntad del hijo o la hija. En muchos casos, sus descendientes han ido a la universidad y se han formado en determinados campos que no están relacionados con el sector agrícola.

Por último, cabe destacar el contexto demográfico del Bajo Cinca y de las zonas rurales: la disminución de la juventud rural y la reestructuración de la economía, con una disminución de la agricultura frente a otros sectores. Por un lado, que existan pocos jóvenes que vivan en las zonas rurales disminuye los potenciales agricultores. Por otro, que se diversifique la economía y crezcan otros sectores hace que la agricultura tenga que competir con ellos, y las condiciones que ofrece suelen ser menos favorables. Esto no es solo un problema relacionado con el relevo generacional de las explotaciones, sino que también está presente en los discursos para encontrar trabajadores cualificados que quieran mantenerse en las empresas agrícolas.

Las visiones sobre el futuro comparten la valoración de incertidumbre, ligada tanto a la inestabilidad del mercado como a los fenómenos meteorológicos. Predomina una visión fatalista y resignada del futuro del sector, donde se consolida un modelo frutícola centrado en la producción por las grandes empresas agrícolas regidas por un gestor y la entrada de nuevos inversores, lo que supone el fin de la figura del agricultor y la agricultura familiar:

Van a ser empresas grandes, ya no serán agricultores. Empresas que gestionarán esto, producirán muchísimo e irán a un rendimiento y a unos resultados como un fondo de inversión. Intentaremos aguantar aquí mientras podamos o intentaremos vivir de esto, pero está claro que esto nos aboca a crecer, crecer y crecer. Y el que pueda hacerlo seguirá, y el que se vaya quedando atrás se irá. (P9, central frutícola)

CONCLUSIONES

En este artículo se han explorado las narrativas de productores, expertos y trabajadores para identificar los componentes que conforman la sostenibilidad social del sistema frutícola. Como resultados principales, se observan varios puntos interesantes que ponen de manifiesto el carácter central de la dimensión social en el análisis de la sostenibilidad de los sistemas agrícolas.

En primer lugar, la centralidad de viabilidad económica en la sostenibilidad social de las explotaciones. Solamente si la explotación es rentable se pueden articular medidas complementarias para mejorar otras prácticas (bien ambientales, bien laborales). En la línea de otros trabajos (Pedreño Cánovas y Ramírez Melgarejo, 2021; De Castro y cols., 2021; Reigada y cols., 2017), se observa la consolidación del modelo agroindustrial de la fruticultura, caracterizado por explotaciones de mayor tamaño, con un predominio de los trabajadores externos y la figura del agricultor profesional. Es decir, una empresarialización de la agricultura que deriva en una organización de la explotación basada en los objetivos económicos de eficiencia, innovación y adopción de las novedades del mercado. Los informantes asocian sostenibilidad social con la capacidad de permanecer en activo y adaptarse al mercado, lo que pasa por una mayor profesionalización de la agricultura y por la incorporación de los avances técnicos.

En segundo lugar, la composición en red del sistema productivo, que permite su funcionamiento y a las explotaciones más pequeñas acceder a los mercados más amplios. La concentración de la producción se produce no solo por el aumento de las explotaciones, sino mediante asociaciones comerciales entre explotaciones y comercializadoras que permiten generar estructuras mayores, las que en la práctica funcionan como un mismo agente. Se observa una tendencia hacia el modelo de integración vertical entre central frutícola y productores que se consolida con la creación de estructuras de mayor tamaño, como las OPFH. Es una estructura donde los pequeños productores pierden poder de decisión sobre el destino de la producción y el tipo en favor de los actores mejor posicionados. La unidad básica de producción es la comercializadora con sus agricultores, que trabajan bajo los mismos parámetros y quienes están sujetos a las exigencias marcadas por la distribución. Por tanto, el modelo agroindustrial no es un

ente compacto y coordinado, sino que funciona a través de un entramado en red donde las explotaciones despliegan distintas relaciones con proveedores y compradores, según sus intereses particulares (Cattaneo y Bocchicchio, 2019). En este sentido, si bien la producción sigue dominada por los actores locales, las decisiones sobre esa producción se han trasladado al eslabón de la distribución: es esta la que decide qué se produce, de qué forma y a quién se suministra. La distribución, como actor social clave en la cadena, sobrevuela los discursos como el eslabón que deforma el sistema, en tanto que fija las condiciones de venta, pero que no está presente en el sistema agrícola local, lo que dificulta que exista un diálogo con ella. A la vez, el aumento de la distancia entre producción y consumo y la complejidad entre los intermediarios del sistema incrementan el riesgo y la dependencia de las explotaciones respecto al sistema global dominante, quedando sometido a sus exigencias y arbitrariedades derivadas de elementos externos al sistema agrícola (por ejemplo, acuerdos comerciales entre países). Se trata de un modelo altamente intensivo en recursos naturales y sociales, que por su necesidad de expandirse tensiona las comunidades donde opera, expulsando a los agricultores que no pueden adaptarse a él y obligando a los que sí a seguir en la espiral de inversión, riesgo y dependencia del mercado global.

Empujado por este proceso de modernización de la explotación, el agricultor se profesionaliza (Camarero y cols., 2002; Requena i Mora y cols., 2018), aparecen nuevas formas de gestión y emerge el problema del relevo generacional de las explotaciones pequeñas y medianas. En los discursos se ejemplifica el proceso reflexivo que conlleva el momento de la sucesión de la explotación, que compete con el resto de las opciones del mercado laboral para los jóvenes. También el desacople entre la sostenibilidad de las explotaciones y la del sistema productivo, lo que evidencia dos escalas de análisis y que los indicadores de productividad económica del sector no se traducen directamente en un impacto positivo en la sostenibilidad social de la explotación.

Otro de los aspectos claves para la sostenibilidad de las explotaciones es el flujo de trabajadores, las condiciones laborales y el impacto que ello tiene en el desarrollo de la comunidad local. Se trata de un modelo de trabajo que genera unos modos de vida para las personas y la comunidad insostenibles, por ser fuente de conflicto y precariedad, por lo que se pone

de manifiesto la falta de otras medidas complementarias y transversales que acompañen la creación de empleo para poder generar un tejido social fuerte y sostenible.

En definitiva, si atendemos a la sostenibilidad social del sistema agrícola como un concepto complejo y relacional (Darnhofer, 2020; Janker y Mann, 2018), observamos que la continuidad de las explotaciones frutícolas sobrepasa los límites del sector agrícola y se ve afectada por las dinámicas sociales, económicas y políticas de otros sectores. Para entender su evolución es esencial analizar su acoplamiento en una red de actores y organizaciones que lo doten de los factores sociales, económicos y naturales necesarios para desarrollar su actividad. Las explotaciones se mantienen en interdependencia con otros actores sociales como proveedores y compradores, a la vez que necesitan de un entramado institucional público y privado sólido que asegure las condiciones políticas necesarias para mantener los acuerdos comerciales con otros países, facilitar la llegada de mano de obra y acceder también a financiación (Cattaneo y Bocchicchio, 2019). Sería interesante avanzar en el análisis de configuraciones institucionales que protejan la posición y la autonomía de las explotaciones de menor tamaño, mecanismos para contrarrestar la inestabilidad del mercado y la dependencia de factores externos. A la vez, una protección laboral para los trabajadores y un marco legal que evite la vulnerabilidad del proceso migratorio. Por último, se debe valorar la importancia de las dinámicas del sector en la creación de nuevas interacciones e impactos sociales para la comunidad local y atender a la estrecha vinculación entre el desarrollo del sector y el desarrollo de la zona.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a todas las personas entrevistadas, expertos, agricultores y trabajadores el tiempo dedicado y la atención recibida. Este trabajo fue financiado por una de las Ayudas a Proyectos de Investigación del IEA de la Diputación Provincial de Huesca en su convocatoria del 2021. Además, el trabajo forma parte de la tesis doctoral que realiza la autora y que cuenta con el apoyo del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (FPU19/01976).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso, L. E., J. M.^a Arribas y A. Ortí (1991). Evolución y perspectivas de la agricultura familiar: de “propietarios muy pobres” a agricultores empresarios. *Política y Sociedad*, 8: 35-69 <<https://n9.cl/jlgwl>>.
- Beck, U., A. Giddens y S. Lash (1997). *Modernización reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno*. Alianza Editorial. Madrid.
- Camarero, L. (2017). Trabajadores del campo y familias de la tierra: instantáneas de la desagrarización. *Ager*, 23: 163-195 <<https://doi.org/10.4422/ager.2017.01>>.
- Camarero, L., J. Vicente-Mazariegos Eiriz y R. Sampedro Gallego (2002). Los horticultores: una identidad en transición (1988). *Áreas: Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 22: 43-70.
- Camarero, L., F. Cruz, M. González, J. A. del Pino, J. Oliva y R. Sampedro (2009). *La población rural de España: de los desequilibrios a la sostenibilidad social*. Fundación La Caixa. Barcelona.
- Capdevila, C. (2020). Jóvenes en la comarca de La Litera: relaciones sociales y expectativas de futuro. *Littera. Revista de Estudios Literarios*, 6: 149-195 <<https://n9.cl/kuui5>>.
- Cattaneo, C. A., y A. M.^a Bocchicchio (2019). Dinámica sociorganizacional: en el sistema agroalimentario. *Revista Mexicana de Sociología*, 81 (4): 7-35 <<https://n9.cl/1g5z7>>.
- Collantes, F. (2007). La desagrarización de la sociedad rural española, 1950-1991. *Historia Agraria*, 42 (agosto): 251-276.
- Colom Gorgues, A., R. Florensa Guiu, M. Plana Farran y Y. Smaoui (2017). Las cooperativas, las organizaciones de productores de frutas y los programas operativos: normativa y modelo europeo para mejorar sus resultados y eficiencia. *Lex Social*, 7 (2): 205-228 <<http://hdl.handle.net/10433/4951>>.
- Darnhofer, I. (2020). Farming from a Process-Relational Perspective: making Openings for Change Visible. *Sociologia Ruralis*, 60 (2): 505-528 <<https://n9.cl/9pu7u4>>.
- Davidova, S., y T. Kenneth (2014). *Family Farming in Europe: Challenges and prospects* <<http://www.europarl.europa.eu/studies> DISCLAIMER>.
- De Castro, C., E. Gadea y M. Á. Sánchez (2021). Standardizers: the new private bureaucracy that controls the quality and food safety in global agricultural value chains. *Revista Española de Sociología*, 30 (1) <<https://n9.cl/nop1i>>.
- De Roest, K., P. Ferrari y K. Knickel (2018). Specialisation and economies of scale or diversification and economies of scope? Assessing different agricultural development pathways. *Journal of Rural Studies*, 59: 222-231 <<https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2017.04.013>>.
- Dornelles, A. Z., W. J. Boonstra, I. Delabre, J. M. Denney, R. J. Nunes, A. Jentsch, K. A. Nicholas, M. Schröter, R. Seppelt, J. Settele, N. Shackelford, R. J. Standish y T. H. Oliver (2022). Transformation archetypes in global food systems. *Sustainability Science* <<https://doi.org/10.1007/s11625-022-01102-5>>.
- Etxezarreta, M. (1994). Trabajo y agricultura: los cambios del sistema de trabajo en una agricultura en transformación. *Agricultura y Sociedad*, 72: 121-166 <<https://n9.cl/i8jo1>>.

- Fischer, H., y R. J. F. Burton (2014). Understanding farm succession as socially constructed endogenous cycles. *Sociologia Ruralis*, 54(4): 417-438 <<https://doi.org/10.1111/soru.12055>>.
- González de Molina, M., D. Soto Fernández, J. Infante-Amate, E. Aguilera, J. Vila Traver y G. I. Guzmán (2017). Decoupling food from land: the evolution of Spanish agriculture from 1960 to 2010. *Sustainability*, 9 (12): 1-18 <<https://doi.org/10.3390/su9122348>>.
- Greckhamer, T., S. Furnari, P. C. Fiss y R. V. Aguilera (2018). Studying configurations with qualitative comparative analysis: best practices in strategy and organization research. *Strategic Organization*, 16 (4): 482-495 <<https://doi.org/10.1177/1476127018786487>>.
- Horrigan, L., R. S. Lawrance y P. Walker (2002). How sustainable agriculture can address the environmental and human health harms of industrial agriculture. *Environmental Health Perspectives*, 110 (5): 445-456.
- INE (2012). *Censo agrario 2009* <<https://n9.cl/z4nx7>>.
- INE (2022). *Censo agrario 2020* <<https://n9.cl/fsoztb>>.
- Intergovernmental Panel on Climate Change – IPCC (2022). *Climate Change 2022. Impacts, Adaptation and Vulnerability. Summary for Policymakers*.
- Janker, J., y S. Mann (2018). Understanding the social dimension of sustainability in agriculture: a critical review of sustainability assessment tools. *Environment, Development and Sustainability*, 22: 1671-1691 <<https://doi.org/10.1007/s10668-018-0282-0>>.
- Konefal, J., M. Mascarenhas y M. Hatanaka (2005). Governance in the global agro-food system: backlighting the role of transnational supermarket chains. *Agriculture and Human Values*, 22 (3): 291-302 <<https://doi.org/10.1007/s10460-005-6046-0>>.
- Kronenberg, J., y E. Andersson (2019). Integrating social values with other value dimensions: parallel use vs. combination vs. full integration. *Sustainability Science*, 14 (5): 1283-1295 <<https://doi.org/10.1007/s11625-019-00688-7>>.
- Lamine, C. (2015). Sustainability and resilience in agrifood systems: reconnecting agriculture, food and the environment. *Sociologia Ruralis*, 55 (1): 41-61 <<https://doi.org/10.1111/soru.12061>>.
- Langreo, A. (2012). La estrategia de la gran distribución y su incidencia en la cadena de producción. *Cuadernos de Estudios Agroalimentarios*, 4: 29-46.
- Mata, A. (2018). Globalización y sus consecuencias: apuntes sobre los temporeros en la fruticultura leridana. *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, 24: 209-224 <<https://doi.org/10.20932/barataria.v0i24.412>>.
- Molinero-Gerbeau, Y., A. M.^a López-Sala y M. Şerban, M. (2021). On the social sustainability of industrial agriculture dependent on migrant workers: Romanian workers in Spain's seasonal agriculture. *Sustainability*, 13 (1062): 1-17 <<https://doi.org/10.3390/su13031062>>.
- Moragues-Faus, A. (2014). How is agriculture reproduced? Unfolding farmers' interdependencies in small-scale Mediterranean olive oil production. *Journal of Rural Studies*, 34: 139-151 <<https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2014.01.009>>.

- Pedreño Cánovas, A., y A. J. Ramírez Melgarejo (2021). Sobre el “espíritu” de la calidad y la nueva racionalización de la producción de frutos y uvas en la Región de Murcia. *Revista Española de Sociología*, 30 (1): 1-19 <<https://n9.cl/79suf>>.
- Reigada, A., M. Delgado, D. Pérez Neira y M. Soler Montiel (2017). La sostenibilidad social de la agricultura intensiva almeriense: una mirada desde la organización social del trabajo. *Ager*, 23: 197-222 <<https://doi.org/10.4422/ager.2017.07>>.
- Requena i Mora, M., L. E. A. Benitto y J. M. Rodríguez Victoriano (2018). El campesino ni se crea ni se destruye, solo se transforma: discursos agrarios en el *Delta de l'Ebre* y *l'Albufera de València*. *Política y Sociedad*, 55 (1): 161-188 <<https://n9.cl/xzllm>>.
- Ródenas Cerezo, B. (2019). “Como pajaritos...”: fruticultura, migración y género en los enclaves rurales del río Cinca. *Temas de Antropología Aragonesa*, 25: 25-42.
- Therond, O., M. Duru, J. Roger-Estrade y G. Richard (2017). A new analytical framework of farming system and agriculture model diversities: a review. *Agronomy for Sustainable Development*, 37 (3) <<https://doi.org/10.1007/s13593-017-0429-7>>.
- Torres, T., R. Allepuz y M. Gordo (2014). La contratación de mano de obra temporal en la agricultura hortofrutícola española. *Ager*, 16: 7-37 <<https://doi.org/10.4422/ager.2013.03>>.
- Woods, M. (2014). Family farming in the global countryside. *Anthropological Notebooks*, 20 (3): 31-48.